Tardes primaverales

Autor: Manolo Campa

Desde la llegada de las tardes primaverales con sus agradables temperaturas, mi esposa llena de entusiasmo, me invita a caminar por las calles del barrio con la doble intención de mantener, ella, el contacto con los vecinos y ayudar a bajarle el colesterol al que esto escribe.

Les brindo una crónica de una de esas jornadas: Recién comenzado el recorrido nos encontramos con nuestra vecina de la casa del frente. Es viuda tres veces. Regresaba de su paseo habitual montada en su triciclo. En la pequeña cesta que tienen estos velocípedos para mayores sobre el eje de las dos ruedas de atrás, llevaba un perrito rubio. Esta anciana motorizada ha sobrevivido a tres maridos y ahora, con más dinero en el banco y más años sobre sus costillas, desafía el tránsito temerariamente. Para tormento de los choferes, circula por las calles a una velocidad máxima de dos millas por hora… y señala hacia la derecha cuando va a doblar hacia la izquierda.

Una pelirroja joven, gordita, pedaleando por la acera, me obligó a otorgarle el "derecho de vía" para no ser atropellado. Montaba una bicicleta de ruedas finitas y asiento estrecho apropiado para ciclistas delgados. Daba la impresión de ir sentada en el aire… al asientico era imposible de ver debajo de su "volumen".

Un hombre pequeño, delgadito, con expresión de angustia en el rostro, era arrastrado de la acera a un hidrante, por un perro enorme de apariencia feroz que sin la cadenota y el bozal pesaba veinte libras más que él.

Un americano alto y fornido, vestido deportivamente con una camisa roja de jugar a los bolos, un "short" que fue un pantalón de piernas largas, una gorra estropeada de maquinista de trenes, unas medias verdes de reglamento militar y unos zapatos carmelitas para pies planos, con actitud de domador de leones, paseaba un perrito "chihuahua" que envalentonado por la corpulencia de su dueño a todo el mundo le ladraba.

A la sombra de un árbol frondoso, una pareja de gordos felices, sin complejos, devoraban unas de esas fritas americanas enormes, donde la carne comparte el espacio entre los dos panes con la lechuga, el pepino, la cebolla, el tomate y el queso. Allí, a la sombra, disfrutaban de la brisa sin temor a la gordura y sus efectos secundarios.

En contraste con los sujetos arriba mencionados, una muchacha flaca como yegua para tasajo, enfundada en una de esas pijamas deportivas que se visten para sudar, con un radiecito enganchado a la cintura conectado a unas tapitas que llevaba en las orejas, corría veloz tratando de "sudar la gota gorda" para mantener el esqueleto a flor de piel. Consideré hacerme de un radio como el de ella, pero la conversación entusiasta y sin tregua de mi mujer sobre cualquier materia o acontecimiento, me hizo desistir de ello.

Estos recorridos a pie con mi esposa me hacen bien: El ser parte “en vivo y en directo” de los sucesos del barrio al caminar a la caída de la tarde, me ayuda a controlar mejor el colesterol que cuando reposo sentado en el sofá frente al televisor.

EN SERIO:

Hoy son muchos los obstáculos que enfrentamos los católicos. Los ataques de los que quieren un mundo sin Dios son frecuentes y efectivos. Si no fortalecemos nuestros valores y criterios será difícil mantenerlos vigentes e influyendo en las decisiones de los pueblos.

Con la intención de formar cristianos capaces de “pisar fuerte en la vida” dejando sus huellas en la solución a los problemas de hoy, brindamos las orientaciones que siguen, recibida la mayoría de ellas del recordado Padre Romeo Rivas, sacerdote ejemplar fallecido recientemente:

- Desarrolla tu “yo” responsable. Piensa por tu cuenta, con firmeza de convicciones y continuidad de criterios, sin tener en cuenta las circunstancias, las conveniencias, el qué dirán, los respetos humanos.

- Despierta la conciencia de tu valer y tu deber, dando siempre la cara a todo lo que suene a trabajo, colaboración, iniciativa, y negándote a todo lo que implique vulgaridad, parasitismo, derrotismo… y así podrás explotar los talentos de tus valores en forma decidida.

- “Honor y honradez van a la vez”. La sinceridad en las conversaciones, la probidad en los negocios, la rectitud en la conducta dan la fama y la buena reputación. La rectitud es la negación de la hipocresía y la falsedad, el desprecio de lo indecoroso y lo grosero. Los cristianos necesitamos buena fama, reputación de leales… que nos reconozcan como hombres y mujeres de conducta intachable.

- Ejercitándote en tu valor y exigiéndote poco a poco más espíritu de sacrificio llegarás al heroísmo. La valentía te familiarizará con el esfuerzo, el riesgo y la decisión.

- No seas uno más del montón. Enfréntate al dolor para aprender ante los golpes de la vida la lección del acero. Recobra siempre la primera postura de entusiasmo, dinamismo, intrepidez. ¡Tenemos que fomentar la pasión de la audacia!